

se cierre la ventana... Va a llover y tengo mucha prisa de regresar al cielo. En este clima tan húmedo no hay modo de vivir sin paraguas, impermeable ó cosa así. Cuélate pronto... y abur... ¡Hasta luego! ¡Que ya cierran la vidriera...!

EL HÉROE (desde el alféizar de la ventana).—Hijo mío, no te mojes... Arrópatte bien en la nube... Mira que los catarros, ahora en esta estación...

EL ANGELITO (con risa argentina y encantadora).—Abur, abur. Volveré por ti cuando esté terminada la última cuartilla.



EL DESCUBRIMIENTO DE AMÉRICA

EN LAS LETRAS ESPAÑOLAS

II

En la oratoria : Primer tanda de conferencias del Ateneo de Madrid.—Conferencias de los Sres. Cánovas, Saavedra, Oliveira Martins, del Vallé, López, marqués de Hoyos, Cortázar, Laguna, Aranzadi, Antón, Vilanova, Fernández y González, Riaño, Rada y Delgado, Pi y Margall, Fernández Duro, Montojo, Vidart.

TIENE el Ateneo de Madrid en sus fastos más de una gloriosa página. Hubo tiempos en que resonó allí el fragor de las discusiones, como no habrá resonado en centro alguno de Londres ni de París. En el Ateneo dió Castelar sus memorables lecciones sobre la civilización en los cinco primeros siglos del cristianismo; en él presidieron, enseñaron y brillaron como estrellas—siempre lucientes en el cielo de la inmortalidad—el Duque de Rivas,

Olózaga, Alcalá Galiano, Mesonero Romanos, Martínez de la Rosa, Lista, Donoso Cortés...; é hicieron sus primeras armas casi todos los que hoy descuellan y dominan la elocuencia parlamentaria, sin hablar de los grandes poetas, como Zorrilla, que eligen aquella tribuna para recitar sus versos.

Con ser ya tan abierto y amplio el pañenque, todavía era posible ensancharlo más, y el Ateneo ha dado este paso al incluir en el programa de las Conferencias del Centenario, no sólo á la segunda nación peninsular, ó sea la portuguesa, sino—con justo acuerdo y hospitalaria fraternidad—á los Estados americanos, representados por algunas conspicuas personalidades que viven entre nosotros, por razón de cargo diplomático generalmente.

A fin de que no se me crea panegirista sistemática del Ateneo, he de confesar que durante estos últimos años, y en particular desde que se trasladó de la calle de la Montera á la calle del Prado, se nota

que ha decaído algún tanto de su primitivo esplendor, sin que por eso deje de conservar el primer puesto entre las Sociedades matritenses, y un lugar muy original y característico entre las europeas. La serie de Conferencias del Centenario pareció un excelente recurso para refrescar lauros y prestar vida al Ateneo, atrayendo á su seno, con espíritu conciliador y generoso, elementos extraños, y á veces hostiles—como, verbigracia, el eclesiástico. No se puede negar que el resultado ha sido satisfactorio, aunque la especie de apatía ó frialdad del público oyente prevaleciese la mayor parte de las noches, y la concurrencia escasease bastante en las dos terceras partes de las Conferencias. Aun así, repito que la campaña honra á sus organizadores, y que cuando se hayan publicado todas las Conferencias, formarán un curso muy completo de americanismo, variado, instructivo y á veces ameno.

Inicióse la idea hace dos años, en Junio de 1890, al plantearse el problema de cómo

debía contribuir el Ateneo á solemnizar las fiestas del Centenario. El Sr. Sánchez Moguel, presidente de la sección de Ciencias históricas (ó de Historia, como otros dicen) trazó el boceto del programa, con la feliz novedad de dar cabida en él á los oradores americanos y portugueses, sentido que vino á imperar después en la Junta del Centenario. Reunióse el 10 de Octubre del mismo año la sección; aprobóse la idea por unanimidad; señaláronse los primeros conferenciantes y los primeros temas; á fines de Diciembre nombróse una junta *ad hoc*, presidida por Cánovas; el programa se ensanchó; añádiéronse temas y nombres, y de completar la idea quedó encargado el Sr. Moguel.

Abrió la serie, en Febrero de 1891, un discurso de Cánovas, contado entre los mejores del eminente hombre de Estado. Como el discurso ya corre impreso, podemos juzgarle más seguramente que si nos fiásemos de una impresión oral, siempre fugitiva. El epígrafe que lleva, es el siguiente: *Criterio histórico con*

que las distintas personas que en el descubrimiento de América intervinieron, han sido después juzgadas.

Es el discurso ecléctico, ó, por mejor decir, obra de justicia distributiva, y razonada consideración de los respectivos méritos de Cristóbal Colón, Isabel la Católica, su esposo, y Martín Alonso Pinzón, figuras que Cánovas estudia con vigoroso espíritu analítico y suma equidad. El hábito de filosofar sobre las cuestiones históricas desapasionada y seriamente, y de someter los datos á la cultura doctrinal del pensamiento, se revela á cada instante en la notable oración inaugural de Cánovas, trabajo firme de historiador y de pensador, mejor aún que para oído, para leído con atención y provecho.

Cánovas reconoce toda la hermosura de Isabel la Católica, protestando, con sobrada razón, de la desdeñosa injusticia y el rigor antihumano con que se ha juzgado á su consorte el Rey. Siempre había creído yo, al leer las obras que narran el feliz y espléndido reinado de los conquis-

tadores de Granada, que si Fernando hubiese sido tan inferior á su esposa, aquella era gloriosísima tendría algunas sombras que la obscureciesen. Igualdad matemática no cabe en las condiciones morales ó intelectuales de dos personajes históricos; siempre el uno de ellos valdrá más, ó por el carácter, ó por el talento, ó por la cultura. Nadie duda que Isabel la Católica tuvo alma más grande, moral más pura, instrucción más sólida—mucho más—que su marido. Este, en cambio, conocía mejor el mundo y los hombres, y era á todas luces valeroso soldado y grande y prudente monarca. Era también (cosa más rara y loable) varón capaz de estimar en su justo precio las cualidades y méritos de la incomparable mujer que le había tocado en suerte, de ser su buen compañero, colaborador y amigo, de realizar aquella ideal unión de aspiraciones y esfuerzos tan fecunda como envidiable. ¿Qué sería con otro marido Isabel de Castilla? Los que estigmatizan la memoria de Don Fernan-

do, digannos por su vida cual esposo elegirían para la noble Reina. Quisiéranla sin duda desdoblada, andrógina, casada consigo misma, tal vez con Cisneros.

En la prevención (muy generalizada) contra el Rey Católico, creo ver un secreto rencor, fruto de sentimental exigencia y refinado idealismo. Lo que aquí no se le ha perdonado á Fernando de Aragón son sus infidelidades, sobre todo la póstuma, el casamiento con Germana de Foix. La rigidez teórica de los españoles no transige con que otra mujer ocupase el tálamo consagrado por Isabel de Castilla. Es el corazón el que nos infunde, á la vuelta de cuatro siglos, celosa rabia contra el hombre que pudo reemplazar—aunque no en el cariño ni en el respeto—á la mujer que el Sr. Cánovas considera símbolo del *corazón en la historia*.

Al tratar de Martín Alonso Pinzón, Cánovas se expresa con gran eficacia, y para poner en su punto el litigio de la famosa deserción de la *Pinta*, insinúa muy acertadamente que no era posible exigir

del armador de Palos, con respecto á Colón, la absoluta y ciega dependencia de jefe á subordinado que reclamaríamos hoy de cualquier capitán de navío respecto á su Almirante. Las relaciones de Pinzón con Colón se asemejaban á las del protector con el protegido, dato que hoy no se tiene en cuenta. En resumen: Cánovas, sin enarbolar el estandarte pinzonista, cree que Pinzón fué el único hombre de su siglo á quien era lícito el sueño de rivalizar con el descubridor.

Siguió á la de Cánovas la conferencia de Don Eduardo Saavedra "Doctrinas de los antiguos sobre las tierras atlánticas." Ya se comprende que hizo el gasto la vieja y discutida Atlántida de Platón. No fueron, sin embargo, los recuerdos poéticos y mitológicos base de la conferencia del Sr. Saavedra; fundóse, por el contrario, en los estudios geológicos modernos, ajustándose casi siempre á las doctrinas del entendido ingeniero de montes Sr. Botella, autor del mapa geológico de España. El trabajo del Sr. Saavedra fué

de exposición elara, sin calor de elocuencia, por más que como aún no se halla impreso, no sé si á la lectura habría que rectificar este juicio.

La conferencia inmediata revistió proporciones de acontecimiento internacional; como que vino expresamente, desde Lisboa, á leerla en idioma castellano nada menos que el célebre historiador Oliveira Martins, que, muerto Herculano, tal vez marcha hoy al frente de la ciencia histórica peninsular. Oliveira Martins reúne á la erudición gran caudal de pensamiento y vigor crítico, y al par la pincelada descriptiva del novelista y la frase sintética del poeta. El pesimista de hoy, el fustigador del Portugal moderno, llegaba al Ateneo de Madrid para desarrollar una tesis patriótica. "Descubrimientos geográficos de los portugueses, anteriores á Colón," poniendo de realce el impulso de ese genio casi semítico que lanza á la gente peninsular, como á la fenicia antaño, á la "aventura de los mares."—Presentó en toda su sombría gran-

deza el carácter del infante Don Enrique, hijo de Don Juan I, nacido para fijar los destinos de una raza de argonautas, de un pueblo más grande en alientos que en territorio; describió maravillosamente la carabela, gaviota de las embarcaciones, de alas ligeras y combadas, que se deslizaba á flor de agua como saeta voladora; dedicó un recuerdo curioso á las glorias náuticas de Galicia, observando que el origen de la navegación portuguesa viene del Cantábrico gallego, por la organización del arzobispo Gelmírez contra los normandos, tradición que siguió propagándose hasta aquella escuela de Sagres que el conferenciante llamó *nido de águilas*, y donde se formara Cristóbal Colón. Terminó la poética página del ilustre portugués con una hermosa imagen, diciendo que España y Portugal son "dos brazos de un mismo tronco para abrazar la tierra".

Gratisima impresión produjo en los oyentes la lectura de Oliveira Martins. Su figura noble, simpática, de hombre

maduro por el saber y mozo aún por los años; su reposada y clara dicción; el leer y hablar en castellano, pronunciando con bastante acierto, y más que todo, su justa fama y su mérito efectivo, le valieron una ovación. El corto tiempo de su estancia en Madrid fué serie no interrumpida de obsequios: se le otorgaron los nombramientos de caballero gran cruz del Mérito naval y de socio honorario de la Academia de la Historia, y aunque rehusó por sistema los banquetes y festejos de carácter ibérico, algún tanto político, aceptó el de Cánovas del Castillo, donde tuvieron representación todas las corporaciones, el muy elegante y selecto del marqués de Hoyos, y honró mi casa, donde reuní para él la flor de nuestras letras.

Una nota del discurso de Oliveira Martins no debe pasar inadvertida. Para defender la política de Don Juan de Portugal empleó los mismos argumentos que Cánovas para sacar á flote la de Fernando de Aragón, el *Católico*.

Siguieron á la de Oliveira Martins dos conferencias de no tan grande interés y resonancia: la de Don Manuel María del Valle, profesor de Historia universal en la Universidad Central, que versó sobre "Doctrinas cosmográficas y descubrimientos geográficos en la Edad Media," y la de Don Daniel López, vicepresidente de la sección de Ciencias históricas en el Ateneo, tratando de "España en 1492." La primera fué extensa y erudita, más de consulta que oratoria; la segunda hizo desfilár ante el auditorio una serie de cuadros de costumbres, instituciones y hechos sociales que en concepto de estudio al por menor no dejó nada que desear, pero acaso ganaría en lucimiento si fuese más sintético.

El marqués de Hoyos es un ateneísta adicto y constante. Se cuenta en el número de los que ni pierden conferencia, ni desatienden discusión, ni juzgan completa y bien empleada la noche en que no han dado su vuelta por la biblioteca y el salón de lectura de *la casa*, que así suelen lla-

marla sus fieles. Elegido este año presidente de la sección de Ciencias históricas, lugar que por su ilustración tiene bien ganado, reclamó participación en las conferencias del descubrimiento, encargándose de disertar sobre "Colón y los Reyes Católicos." Y tuvo la oración del Marqués la siguiente particularidad característica: á fuer de aristócrata de sangre, fijóse muy especialmente en las glorias que puede reclamar la aristocracia española en el descubrimiento de América, recordando que el duque de Medinaceli se ofrecía nada menos que á costear la expedición de Colón en busca de tierras desconocidas. Algún mal intencionado que le escuchase y fuese, como el Padre Coloma, zumbón detractor de la sangre azul, podría oponer al hecho alegado por el marqués de Hoyos, el recuerdo de que si el duque de Medinaceli se ofreció á sufragar los gastos del viaje de Colón, en cambio el de Medina Sidonia, señor de Palos de Moguer por ser conde de Niebla y representante de la rama mayor de los

Guzmanes de Tarifa, perdió una soberbia ocasión de inmortalizar su nombre, por el desdén y frialdad con que miró la empresa del insigne navegante. Pero es lo cierto que la empresa de Colón podía parecer muy dudosa, dados los conocimientos de la época.

Debía seguir al marqués de Hoyos el Sr. Don Cesáreo Fernández Duro para tratar del "Descubrimiento". Mas como quiera que el ilustrado marino se hallaba en París, hubo de saltar esta conferencia, quedando aplazada para el segundo curso, y comenzaron las que naturalmente la seguían: el grupo notabilísimo correspondiente á las *Ciencias naturales*, que forma una completa descripción del continente americano, tal cual estaba al sentar la planta en él los españoles.

Empezó este importante curso por la "Gea americana", ó dígase descripción del territorio, geología y mineralogía. Fué el orador el ingeniero de Minas Don Daniel Cortázar, que amontonó cifras y datos, algunos de ellos enteramente nue-

vos, sobre el laboreo minero en el Nuevo Mundo. Si costaba cierto esfuerzo seguir las hileras de cifras con que apoyaba el ingeniero sus afirmaciones, tampoco podía negarse la utilidad y solidez de su trabajo. A continuación vino la "Flora americana", por Don Máximo Laguna, ingeniero de Montes é inspector general del Cuerpo, persona muy docta, autor de dos tomos sobre "Plantas silvestres y asilvestradas de la Península", y que desplegó todo su saber al pintar la espléndida flora de las feraces regiones americanas. No sólo empleó un estilo elegante, y puro, sino que se mostró observador y artista, al representar los lujuriosos bosques vírgenes, las ondulosas lianas y las gallardas ceibas.

El vizcaíno Sr. Aranzadi (ayudante de la Facultad de Ciencias y autor de un importante estudio etnográfico sobre los vascos, muy ensalzado por el famoso Quatrefages), se encargó de explicar la "Fauna americana". Fué la conferencia ingeniosa, hasta puede decirse que ame-